

Cristianismo y Peña de Muerte

Señor Director:

En carta a su diario de don Julio Retamal Favereau se lee lo siguiente: "Bendita pena de muerte aquella que sirvió para redimir al hombre del pecado original. La muerte del Señor por cáncer o infarto no habría producido tal efecto redentor". Sobre la base de ideas y de expresiones bastante inapropiadas como éstas, el señor Retamal defiende la pena de muerte hasta el punto de hacer de ella no sólo una cuestión que la Iglesia ha aceptado de hecho en su historia, como todos sabemos, sino que un asunto que viene exigido por la esencia misma del cristianismo.

Lo que está afirmando el señor Retamal es que si Cristo no hubiese sido condenado a muerte no habría tenido cómo ofrecer su vida para la salvación del mundo. En otras palabras, a Cristo había que quitarle la vida y todavía por el procedimiento preciso de la pena de muerte, ya que no había otra forma en que él pudiese ofrecerla en sacrificio. Ni siquiera si Judas hubiese asesinado a Jesús hubiese sido suficiente; no, era necesario el ritual legal de la pena de muerte para que Jesús pudiese ser el salvador del mundo. ¿No hay aquí una pura obsesión con la pena de muerte que no trepida en hacer de ella una cuestión esencial a una cultura cristiana?

Afirmar que para que Cristo redimiera al mundo había que quitarle la vida, va en contra de una verdad revelada por el mismo Cristo: "Nadie me quita la vida; yo la doy libremente" (Juan, 10, 18). Con esto queda claro que Jesús pudo haber ofrecido su vida de muchas maneras, la que él libremente decidiera, y con igual efecto redentor. El haberlo hecho aceptando su crucifixión no significa que con ello quiso hacer de la pena de muerte una condición para redimirnos, que es lo que viene a sostener el señor Retamal —con lo cual nos queda en claro que no fue precisamente lógica lo que estudió en Oxford.

Este increíble intento, que yo jamás había visto antes, de hacer de la pena de muerte un asunto inseparable del cristianismo, lleva todavía a la persona que aludo a sostener que la pena de muerte nos es tan natural a

los cristianos que en realidad somos los únicos en el mundo capaces de entenderla y, todavía, de celebrarla como un bien para el condenado a muerte. Dice: "Si no creemos que haya algo detrás de la muerte, por cierto que la pena de muerte se hace intolerable". Esto es, sólo los católicos somos capaces de entender las virtudes que tiene la pena de muerte; sin fe en la otra vida la pena de muerte "es intolerable". Quiere decir que somos los católicos, y sólo nosotros, los que hemos introducido en la civilización occidental la pena de muerte, la cual nos parece perfectamente natural dentro de nuestra concepción del mundo; igualmente natural nos parece que esto que es exclusividad de los católicos se aplique a los no católicos aunque reconocemos que para ellos es intolerable.

Este tipo de pensamiento es revelador de que los católicos siempre estamos en peligro de caer en la tentación de movilizar nuestras creencias al servicio de cuestiones que nada tienen que ver con la fe, como en este caso la pena de muerte, y, por otra parte, de que la intolerancia no ha desaparecido por completo de algunos de nosotros. Pero, a Dios gracias, nuestra fe nada tiene que ver con todo esto.

Hernán Montealegre Klenner